

cía á la opinión realista y clerical, y en donde la Edad media estaba representada por los clásicos de la misma poesía española.

»Un alemán profundamente versado en el conocimiento de la literatura española, Bohl von Jaber, había intentado—hacia 1818—levantar en España la bandera de su romanticismo; pero no pudo quebrantar la fuerza que aun tenía la poesía clásica. Hasta el mismo Galiano había escrito, por ese tiempo, contra esa tendencia, expresando ideas que más tarde, en el destierro, aprendió á abjurar; en efecto, los poetas emigrados bebían á grandes sorbos el romanticismo de la escuela de Byron que acababa de poner fin al romanticismo dulce y tierno del primer período.

»Entre esos poetas emigrados se encontraba el *numantino* Espronceda, quien después de haber llevado una vida licenciosa en Lisboa, estudiaba en Londres la literatura inglesa. Tomó á Byron por modelo, y mereció el nombre de Byron español; desde esta época animó sus poesías críticas y sus lamentaciones patrióticas con un nuevo calor y una verdadera pasión; en fin, fiel al nuevo catecismo del arte, probó con actos sus sentimientos patrióticos; así tan pronto estallaron la Revolución de Julio y el levantamiento de España, entró en las filas de los que combatían en los dos países por la causa de la libertad.

»Una conversión todavía más radical que la suya en el campo de la estética fué la del duque Angel Saavedra de Rivas, el amigo de los Isturiz y de los Galiano. Después de haber pasado por la ruda escuela de las desgracias, de las peregrinaciones constantes y de la indigencia, olvidó las ideas que había expresado en las poesías y dramas de su juventud, verdaderas obras de dilettante,—1813-1816.—Habíase refugiado en Londres,—1823,—en donde, bajo la influencia de Ossian y preso de una sombría nostalgia de su patria como Berchet, compuso sus primeros ensayos románticos, llenos de una dulce melancolía, que publicó con los títulos del *Expatriado* y del *Sueño de un proscrito*. Rivas pasó de Inglaterra á Italia, expulsado de este país buscó un refugio en la Isla de Malta, en donde bajo la dirección del inglés Frere, admirador entusiasta de la antigua literatura española, aprendió á conocer por primera vez á Lope de Vega, Shakespeare y Byron. En esta isla, como más tarde en París y Tours, en donde vivió en la mayor estrechez, concibió el proyecto de romper el yugo de la escuela clásica, y de prepararse, para convertirse en España en apóstol de la nueva escuela poética, bien que el espíritu escéptico

y liberal que le caracterizaba gustara menos á los españoles que en toda otra nación.»

En Alemania precisa considerar á los escritores de origen judaico, á los Heine y Boerne, como á los escritores quienes, antes de la Revolución de Julio, habían los primeros abierto el camino al espíritu literario y político modificado por la influencia de lord Byron, haciendo á las almas más impresionables, disponiéndolas para acoger con la mayor simpatía los movimientos violentos y súbitos de 1830.

Gervinius hace el siguiente paralelo entre Byron, Boerne y Heine.

«En lord Byron, el carácter trágico de su nacimiento y de los destinos de su juventud habían desarrollado en él con una grande exuberancia un inmenso orgullo y el sentimiento exagerado de su propio valor. Los dos escritores alemanes, por lo contrario, acariciaban con amor esta inmensa vanidad que, entre judíos de ingenio, degenera á menudo en caricatura, lo que los mismos iniciados de Berlín reprochaban á Boerne, quien, sin embargo, perseguía un fin más serio que Heine.

»El orgullo de alto vuelo de Byron se refería al lado más noble de su naturaleza, que no sólo le hacía incapaz de prestarse al menor disimulo y de descender á la menor falsedad, sino que le impedía que de ello sufriera el menor deseo. Heine, por lo contrario, mostró, durante toda su vida la mayor indiferencia por la verdad; según el interés de momento, afirmaba ó negaba, sobre los hombres y las cosas, la verdad y el error; Boerne mismo, que era, sin embargo, un carácter más recto, parecía á Schlereimacher, afectado de falsedad, aun en su juventud, cuando era, según confesión suya, «una alma muy creyente y muy bestia.»

»En Heine, como en lord Byron, la ambición precoz del poeta había despertado los malos demonios de su naturaleza, lo que se mostraba en primer lugar en el placer que le hacía experimentar todo lo que era discordante y falso en el campo de la estética. Pero, en lord Byron ese desacuerdo es esencialmente el eco de su alma profundamente perturbada y desgraciada, mientras que Heine hasta en el mayor número de sus cálculos que datan de este período reciente, experimenta una especie de voluptuosidad al sacar de su lira acordes discordantes. En sus romances y tradiciones populares, desfigura el asunto más serio con sus bufas chocarrerías; en sus cantos mezcla las bromas de mal gusto con las memorias sentimentales, lo frívolo con lo patético, lo lascivo con las dulces emociones del corazón, las obscenidades con los sentimientos decentes y mo-

destos; el lenguaje del dolor más profundo deja de pronto puesto á priápeas inspiradas por una imaginación depravada y cínica, de la misma manera que un sentimiento verdadero y cínico se ve á menudo cortado por bromas burlescas.

»En Byron, lo que había de inmortal en su vida y en sus escritos procedía, en su mayor parte, de su hostilidad contra el vicio nacional de los ingleses, es decir, contra su hipócrita religiosidad; así daba numerosas pruebas de que la conciencia y el sentimiento del pudor no se habían en él jamás enmohecido. Por lo contrario, en Heine, una vez se hubo despojado de la exaltación romanesca é ideal de su primera juventud y después de haber aniquilado en él, hasta la última huella, todo sentimiento de pudor, se complacía en embrutecerse por un exceso de odio y de amor, para hacerse de ello una gloria. Jactábase de su politeísmo pagano en el campo del amor; burlábase de la abstinencia nazarena de las gentes púdicas, tales como Boerne; declaraba guerra abierta á la rigidez moral y á la religión, que habían forzado los sentidos á cubrirse con la máscara de la hipocresía: en fin, entre todas las grandes misiones y entre todos los primeros papeles que según el justo sarcasmo de Boerne, se arrogaba en el drama de la regeneración del mundo, atribuíanle también el papel de Antecristo, de quien había sido Voltaire el precursor.

»En su manía de singularizarse, llegaba algunas veces lord Byron á hacerse esclavo de una vida epicúrea, pero jamás hubiera querido hacer de un endemonismo vulgar la filosofía de su vida; para Heine, por lo contrario, la dicha era la medida de todas las cosas. Hízose bautizar, no «para juzgar al cristiano,» con su amigo Gans, sino para poder obrar de una manera más «desinteresada» en favor de los judíos; arrepintiéndose luego de este paso porque no recogió más que ingratitud y desdichas. En la lucha interior entre su sed de egoistas goces, de un lado, y su clara razón y últimas exaltaciones románticas de su juventud, del otro, «la vida dichosa» ejerce una influencia decisiva en sus determinaciones, hasta cuando se inclina, por excepción al entusiasmo que lo sacrifica todo á sus convicciones.

»Después de los extravíos de su juventud, lord Byron llegó al fin de su vida y de sus esfuerzos, tal cual lo había encontrado por sí mismo con una gran firmeza. Por lo contrario, la alma de Heine estaba desprovista de todo carácter; él mismo decía que era de caoutchouc, porque, cambiando siempre, se extendía ora al infinito, ora se encogía hasta hacerse microscópica. En época alguna, por causa alguna,

en religión alguna, en condición ninguna, en ningún Estado, ni en la fe, ni en la incredulidad, ni en el realismo, ni en el idealismo, Heine encontró un punto firme é inquebrantable. Asunto alguno era para él sagrado; conocimiento ni saber alguno pudo tomárselo por el lado serio; no había trabajo malo salido de su pluma que no hubiese censurado; error alguno, exageración alguna, locura alguna por él cometida que no las hubiese reconocido y confesado, y de las que no se hubiese arrepentido; pero no había arrepentimiento en él que no borrara con sus amargos sarcasmos. No le hagáis el ultraje, decía Boerne, de hacerle capaz de una convicción cualquiera; «sobrado sabe que, no temer nada, no odiar nada, no amar nada, no respetar nada y no tener principios, son los rasgos que constituyen un gran carácter.»

»En nada esa falta de principios se mostraba con mayor impudencia que en las relaciones entre Heine y la política. Hasta en el momento mismo de estar lord Byron alejado del buen camino por los destinos de su vida y por la poesía, sus amigos le habían creído siempre capaz de convertirse en salvador de su patria; el mismo acabó por reconocer, luego que hubo recogido los más grandes honores que pueden concederse á un poeta, que la vida pública era el teatro á donde le llamaba su vocación. También Heine, en la época de su vida errante,—1827 y años siguientes,—cuando redactaba con Liduer los *Anales políticos* de Munich, ó que después del inesperado éxito de la primera parte de sus *Reisebilder*,—1826,—compusiera las partes siguientes con el propósito de hacer de ellas una arma de acerba polémica; jamás, Heine, se creyó llamado á cumplir una misión política, «á levantar el espíritu de libertad intimidado,» á emprender la guerra de la emancipación de la humanidad, tal como había sido principiada por la Revolución francesa, ó á trabajar para la redención de los pueblos oprimidos del mundo entero. Así decía que era una ironía de la suerte pretender de él que gustaba tanto de acostarse en muelle lecho de reposo, se entregase á las delicias de una vida contemplativa y pacífica, y se le obligase á despertar á sus pobres compatriotas á latigazos de su vida tranquila y cómoda, para discutir los intereses del día y agujonear los deseos de las pasiones revolucionarias. Era costumbre decir de Boerne, que la política había sido su religión; pero Heine no lo creía; pues, hasta cuando después de la Revolución de Julio llegó al punto culminante de sus agitaciones políticas, no creía que Boerne se dejase realmente influir por la angustia de su patria; imaginábase que el único móvil



de sus acciones, era el sentimiento doloroso de haber pasado inútilmente la mitad de su existencia.

»Cuando Byron se llamaba á sí mismo inconstante en sus inclinaciones respecto de los partidos políticos, la causa de esta inconstancia era un rasgo de carácter nacional verdaderamente inglés, que no tenía nada de contrario con el honor y que llevaba á abrazar la causa del más débil. Heine, por lo contrario, ferviente defensor de los derechos del hombre, pertenecía hasta tal punto á la aristocracia de la estética, que el sólo «olor



Athena asistiendo á los guerreros, por BLÄSER

que pensar en oponer ese odio, en el campo de la poesía y de la política, á la caballería, al monaquismo, al romanismo y al catolicismo. Mas aún, esta misión, no por esto dejaba de tratarla como cosa de pasatiempo.

»Sus luchas contra la Iglesia romana no eran más que las «de un caballero de fortuna, que después de la batalla, no guardaba gota de hiel ninguna en su corazón, ni contra la causa que acababa de combatir ni contra aquellos que la sostenían.» Esas campañas contra la Edad media no eran más que justas de pluma, y el asunto apenas si valía el envite: como don Quijote vencido, quería destruir todo lo que quedaba de la época de los caballeros.

»Lord Byron pasaba con un silencioso desdén por el lado de la polémica literaria entre románticos y antirománticos, en el campo de la literatura y del Estado; por lo contrario, dirigía con tanta inteligencia como intrepidez sus ataques francos y rectos contra el centro sólido y poderoso de la opresión, es decir, contra la alianza de los príncipes que encadenaban Europa. Fué contra esta alianza contra la que

del *demos*» le intimidaba y le hacía olvidar todas sus misiones de ateísmo, de liberalismo y de democracia, de la misma manera que todo el terrorismo con que amenazaba á los aristócratas y á los jesuitas.

»Heine que se había constituido en defensor de los israelitas semi-proscritos, y que, además, había tenido que sufrir, en Munich, «de las miserias mezquinas y venenosas de la propaganda ultramontana y aristocrática.» Heine, decimos, odiaba naturalmente demasiado á los mangoneadores y clericales privilegiados, para que desde luego no tuviera

llamó á las armas á todos los pueblos del mundo; Boerne por lo contrario decía que la vocación de los publicistas de su género, era de hacer oír la voz de las verdades, su época afeminada simplemente por medio del sonido de los cascabeles que debían agitar como verdaderos bufones de la corte, y no hablar jamás en serio á sus contemporáneos, sino debajo de la máscara cómica.

»Cuando se observa de que manera Heine y Boerne cumplían esta misión, ellos que no tenían por la vida política ni el gusto ni el sentimiento, no se encuentra en ellos más que los gérmenes más raquíuticos del espíritu político, gérmenes que se levantan penosamente en medio de un verdadero desierto y que muestran hasta qué punto esos dos hombres estaban desprovistos de todo juicio. En ellos es preciso buscar la franqueza cívica en un montón confuso de ociosas discusiones sobre el teatro y la literatura; se oye con mordaces sarcasmos pronunciar en última instancia sobre los más importantes negocios de la nación y del Estado, se les oye hablar un lenguaje que se parece mucho al de

la crónica escandalosa y la de las habladurías de salón.

»Lord Byron se despoja del carácter exclusivo y limitado que su posición de insulares da á menudo á los ingleses; también los dos escritores alemanes se desembarazaron del teutonismo de la *Burenschaft*; pero en el poeta inglés esta interior emancipación tiene su origen en un patriotismo juvenil, fundado el mismo en un grandioso orgullo patriótico, mientras que en los escritores alemanes proviene de la diferencia de raza, que no les permitía asimilarse una patria ni una nacionalidad.

»Por una oposición consciente contra la política

universal de la Santa Alianza, el patriotismo de lord Byron le transformó en ciudadano del mundo, sin que hubiese perdido jamás el sentimiento de probidad que le distinguía. Boerne, por lo contrario, había tomado de Jean Paul-Federico Richter,—su cosmopolitismo, quien era, á sus ojos, el sembrador de la libertad alemana; ese cosmopolitismo de Boerne, terminaba en fantasías sobre un Estado Universal, en las cuales se burlaba de los sentimientos nacionales y patrióticos como de una invención ridícula, y en las que llamaba al Estado moderno lecho de Procusto, que mutilaba á los hombres, férozo en el cual encerraba la humanidad.



Odysseus, por MACDONALD

»El liberalismo y el espíritu de oposición de lord Byron, tenían, entre otros, por motivo, ese temor, que imprimiendo una sobrada grande extensión al poder del gobierno, no diera por resultado que los Tories arrojasen sin necesidad su querida Inglaterra al abismo de la revolución. Boerne, por lo contrario, aprendió á interpretar la historia en uno y otro sentido: según él, la libertad había de salir de la anarquía, porque la potencia y la dominación, que no se restringen por sí mismas, no pueden contenerse por medio de diques sino cuando el Estado no tiene amos.

»Bajo la égida de su gran talento y de su nacionalidad inglesa, lord Byron atravesó el mundo sin ser blanco de sus ataques, bien que á menudo manifestara abiertamente su odio por la potencia austriaca, bien que por sus vetos se comprometiera por completo y por sus actos se hiciera peligroso. Los dos escritores alemanes también escaparon casi á todo ataque, pero por causas diferentes. Metternich derramaba lágrimas leyendo las poesías de Heine, y Gentz, á pesar de su gastada naturaleza,

saludaba el espíritu demoníaco de ese poeta con maligna satisfacción, cargando sobre sus genealogías. Metternich quería bien á Heine, y le creía políticamente inofensivo, porque le sabía sin carácter. Gentz, á su vez, quería bien á Boerne: perdonaba á ese «judío proscrito» su radicalismo, y no desesperaba hacerlo de los suyos.

»Los sabios de Viena veían en Canning, al hombre de estado más conservador, con la antorcha en la mano sentado sobre un tonel de pólvora, y en Alemania perseguían una liga de conspiradores que no existía; pero no percibían la alianza abierta de las inteligencias, de la cual participaban esos dos escritores, cargando en pleno día una mina que iba á hacer saltar todo el edificio político del arte diplomático austriaco. Con tal que esos escritores no atacasen la forma de la sociedad actual, los hombres de Estado de Viena no tenían ojos para los peligros infinitamente más grandes que hacían correr á la sociedad minando toda moralidad y toda sana opinión.»

Esta grande influencia política y subversiva de



la literatura que se hacía sentir en Inglaterra y Alemania por Byron, Boerne y Heine, en Francia se hacía sentir principalmente por Víctor Hugo, y era en Francia en donde su acción era más inmediata. Obsérvense, sino, las *Orientales*, de Víctor Hugo, escritas en 1826 en parte y publicadas en 1829, están llenas por completo del espíritu de lord Byron, de modo que la transformación del romanticismo pacífico emmanuélico en un romanticismo revolucionario, se verifica á la vista de todos.

Véase el poeta en esas poesías, en la descripción de la vida íntima de griegos y turcos, pero el poeta innovador, revolucionario, se ve en los cantos en honor de Kanaris y de Navarino, es en estos poemas en donde se señala la tendencia y dirección de la nueva escuela. Si de esto se podía tener duda, la oda á la Columna de Vendome,—1827,—demuestra ya que el antiguo realista, el cantor de la Consagración del mismo Carlos X, en donde dejó ya oír algo no muy realista, se había transformado. Esta transformación era completa en 1830, y él mismo decía que: «durante los diez últimos años sus convicciones realistas y católicas habían caído pieza á pieza delante de su edad y de su experiencia; desde esa época, en su espíritu, decía, no había quedado más que una ruina religiosa y poética, de modo que desde entonces no veía en todo monarquismo más que un puro fetichismo.»

No, ciertamente, no había aun cumplido Víctor Hugo con esto el ciclo de sus variaciones políticas, él mismo decía que la más difícil de todas es pasar de aristócrata á demócrata, esta variación la cumplió Víctor Hugo, pasando por el constitucionalismo monárquico. Pero la rectitud de sus movimientos progresivos sufriría menoscabo si no comprendiéramos que el cantor de la Columna de Vendome no es un imperialista de doctrina sino de oposición. Es el hombre que se aparta de su católica y vendeana madre para arrojarse en brazos de su padre, el bonapartista general Hugo. En aquellos días la oposición radical tenía más fuerzas y era más temible presentándose imperialista, y claro está que el poeta había de pasar á lo más categórico contra los borbones.

Ese imperialismo de ocasión tenía también otro punto de partida, él mismo lo dijo en 1828 al «Fin» de sus «Odas.» Precisa que en el campo de la política venga un Napoleón que trate á Shakespeare, como Napoleón trató á Carlomagno. Esa dictadura la quería naturalmente Hugo para sí, á fin de llevar la poesía á las luchas del día, pues opinaba que era al poeta á quien tocaba decidir en la controversia entre el espíritu de reacción y de progreso.

Sus obras líricas, sus *Orientales* y sus *Odas*, llevan constantemente prefacios destinados á dar á conocer el espíritu y tendencias de la nueva escuela, liberal, revolucionaria en el fondo, conservadora absolutista en la forma, de la cual no debía dar cuenta alguna á la estética. Esto también era un resultado de la política europea, del gobierno absoluto levantado sobre las ruinas del imperialismo, y ya es sabido que los revolucionarios quieren siempre vaciar la libertad en moldes reaccionarios, es decir, quieren gobernar por la libertad y para los liberales, como los reaccionarios gobiernan en pró de sus ideales y de sus hombres.

Ambicionando, pues, Víctor Hugo su gran papel de reformador y de dictador, comprendiendo que se esforzaría en vano para conseguirlo con sus poesías líricas, se arrojó como Byron, al Teatro, en donde había de conseguir lo que el poeta inglés había sólo imaginado.

Su primer drama, su *Cromwell* fué un casi-fiasco. Hugo no podía ver en él al republicano sino al perturbador de su tiempo, y por esto lo presenta en sus interiores variaciones, como moviéndose por ideas de oposición sin sistema.

«Pero las cosas cambiaron tan pronto se rehusaron los honores de la escena á *Marion Delorme*, la primera de las obras de Víctor Hugo capaz de ser representada,—1829,—y que la curiosidad, el interés y el espíritu de oposición fueron estimulados por la prohibición al más alto grado. Luego Alejandro Dumas, excitado por los actores ingleses»—Kean y Macready que procuraban aclimatar en París á Shakespeare,»—encontró el camino de la escena dramática, haciendo representar las primicias de su arte, producciones en las cuales iba más allá, es verdad, de todos los límites, por la temeridad con que miraba los procedimientos técnicos, y con la cual exageraba la pasión y la monstruosidad de las complicaciones psicológicas. Cuando Víctor Hugo hizo representar luego su *Hernani*,—primeros de 1830,—toda la sociedad pareció de pronto arrastrada por la fiebre de que estaban poseídos los jóvenes poetas de ese período de tormenta y de agitación violenta en Francia, poetas que sentían que estaban en medio de uno de los movimientos intelectuales más atrevidos que el mundo haya visto, que consideraban su lucha como una cruzada emprendida para la conquista de una cosa santa, y que con toda la fuerza de la convicción, se habían consagrado á su nueva vocación como á una especie de culto.

»Los románticos moderados fueron derribados;

los girondinos fueron vencidos por la montaña: los partidos llamaban el triunfo de *Hernani* y de *Enrique III* «el noventa y tres dramático.» En efecto, del pasado no se quería nada; se repudiaba á Voltaire el antiguo ídolo de Hugo, se hacía burla de Boileau de quien había dicho Hugo que había fijado la lengua; Racine y Corneille fueron calificados de «pelucas,» por los grandes entusiastas de Alejandro Dumas.

»Habíase, pues, tomado el Parnaso por asalto y los aplausos del público eran para los vencedores. Solo el teatro parecía querer oponer aún la fuerza de la costumbre á las invasiones de las innovaciones temerarias. Cuando se representó el *Hernani*, la Mars resistió cuanto pudo el empleo de ciertas expresiones repudiadas por la escena; cuando se representó el *Otelo*, la sola palabra *mouchoir*,—mocado por pañuelo,—había hecho caer la obra; cuatro años antes—1825,—la palabra *chambre* en el *Cid* de Lebrán, había provocado los murmullos del patio; pero desde entonces, había ya llegado el momento de abrir las puertas de esa cámara, y plantarse de un salto en la alcoba.

»Toda resistencia, viniera de donde viniera, era inútil. La crítica fría y sobria había dudado del talento del poeta, cuando Víctor Hugo publicó su *Cromwell*; esa crítica se atrevió á calificar de salvajes y brutales las obras de Dumas; Armando Carrel, en el *National*, trata de una manera terrible el *Hernani*, que no salió mejor librado del informe que publicó el Comité del teatro francés. Pero todo esto no sirvió para nada. Los nuevos imitadores de la escena inglesa, poniendo monstruos ciclópeos en lugar del estilo gótico de la escuela romántica, parecía como que querían confirmar lo dicho por lord Byron, cuando aseguraba que en las obras de Shakespeare no había encontrado más que un montón de groseras piedras babilónicas. ¡Cuán contrario no era todo esto á las tradiciones de la escena parisién!

»La nueva escuela proclamó la independencia del arte para con toda gramática y con toda estética; afirmóse hasta en su independencia para con la moralidad, aun cuando la sometiera gustoso á la inmoralidad. ¡Cuánto no debía lastimar esto las almas del antiguo tiempo! Pero esos descontentos no se dejaban sentir de una manera abierta. La oposición de la escuela clásica se apagó poco á poco. Los partidarios emmanuélicos de la *Musa francesa*, pasábase al campo de sus enemigos. Los doctrinarios del romanticismo, que escribían en *El Globo* y en la *Revista francesa*, y que, en la esfera del Es-

tado y de la literatura, trabajaban en favor de una libertad moderada, se vieron muy pronto desbordados. Entre los redactores de *Los Debates*, Nodier pertenecía á la escuela moderna, mientras que M. de Hoffmann, hombre inexorable, veía con indignación la invasión de los bárbaros que se creían titanes y querían escalar el Olimpo. La escuela clásica se encontraba en un estado desesperado y estaba próxima á espirar, como lo probaban las palabras de Baour Lormian, cuando decía, «que le parecía oír á los románticos gruñir á su paso, como si hubiesen visto entre sus manos la varita mágica de Circe.»

«Penetró la Revolución con una fuerza irresistible de la esfera de la literatura en la de las otras artes: en la pintura, en donde los Gericault, los Delacroix, los Delaroche, los Horacio Vernet y los Prudhon se levantaban contra las tradiciones clásicas; en la música, Auber con la *Muette de Portici*,—1828,—y Meyerbeer con *Robert le Diable*,—1829,—suplían á Rossini en la escena.»

Véase como la Revolución de 1830 venía preparada por la literatura y el arte; pero precisa decirlo, de las varias ramas de la literatura la que más había hecho para amontonar la tempestad en el horizonte, era la rama de las Canciones populares que había penetrado en redondo por el campo de la política; en segundo lugar auxilió la sátira política. Los grandes representantes de una y otra rama fueron Beranger y Barthelemy.

No hemos de repetir lo que ya hemos dicho respecto de Beranger á quien en 1828 se le condenó á nueve meses de cárcel y á diez mil francos de multa que sus amigos pagaron por él, convirtiéndose su cárcel en sitio santo de peregrinación á donde se vieron acudir lo mismo á Laffitte que á Dupont, á Víctor Hugo, Dumas, Sainte-Beuve, que á su imitador Debraux, que falleció en 1831, y á los desesperados Lebras y Escousse, poetas dramáticos que luego se batieron en las barricadas, y en 1832 se dieron entrambos la muerte por no poder resistir el tedio de la vida y de su tiempo.

Cuanto se dijo de lo que se llamaron las indignas amistades entre los dos partidos, el liberal radical y el opositor liberal borbónico representado por Chateaubriand, puede imaginarse, y también se comprende que uno y otro partido se excusaran diciendo que esta unión la imponía la necesidad de derribar al enemigo común.

Por lo demás era difícil decir que Beranger fuera hombre de partido, profundamente liberal y patriota: cuando ensalzó los borbones lo hizo no en favor